

Juan Eusebio de Nieremberg (1595-1658). Un intelectual de la monarquía católica hispana

Sandra Chaparro *

Juan Eusebio de Nieremberg, uno de nuestros mejores intelectuales del siglo XVI, fue contemporáneo de Quevedo, Saavedra Fajardo, Calderón de la Barca, Pascal y Descartes. Nada parece explicar el olvido en el que ha caído un autor que destacó en todos los campos, escribió sobre la política española por encargo del conde-duque de Olivares y fue rector del Colegio Imperial de Madrid.

En 1595 nace en Madrid Juan Eusebio de Nieremberg. Sus padres llegan a España al servicio de María de Austria, hermana de Felipe II. Tras una intensa experiencia espiritual a los dieciséis o diecisiete años, Juan decide renunciar a la carrera militar propuesta por sus padres y, en 1614, pasa a formar parte de la Compañía de Jesús de la mano de su maestro, el padre Francisco Aguado, confesor del conde-duque de Olivares. Al contrario que a otros miembros de la Compañía, no lo atraen las misiones, y su personalidad tranquila se vuelca en el estudio y el saber. Desde 1628 y hasta su muerte fue uno de los docentes más insignes

* Doctora en Historia Moderna. Ensayista y traductora.

del Colegio Imperial de Madrid, ilustre institución por la que pasaron alumnos como Calderón de la Barca o Lope de Vega. Pero también fue consejero de su rey y su valido y un intelectual plenamente integrado en los debates europeos de la época. Llegó a cumplir los sesenta y tres años y conservamos su extenso legado escrito, según Menéndez Pelayo, en la prosa elegante propia de uno de los cinco o seis mejores autores del siglo XVII.

De sus múltiples obras podemos deducir su carácter e ideal de vida. Escribió sobre todos los temas candentes del momento y era tan versado en ciencias naturales como en Sagradas Escrituras. Buen conocedor del hebreo y el griego, redactó importantes obras de ciencia natural¹ en las que defendía el atomismo de los novatores frente a la física aristotélica tradicional. Pero igualmente famosas son sus obras teológicas o de exégesis bíblica. Su pensamiento filosófico es muy ecléctico, como corresponde a su visión omnicomprendiva del mundo y de la historia, y consta de elementos platónicos y neoplatónicos, estoicos y averroístas. Sus veleidades con la cabalística hay que inscribirlas en una corriente importante de su tiempo, a la que

¹ Como *Historia naturae* (1635) o *Curiosa y oculta filosofía* (1633).

también pertenecieran otros jesuitas ilustres como Athanasius Kircher (1601-1680): la *egiptomanía*. El descubrimiento de las obras de Hermes Trismegisto tras la caída de Constantinopla, en 1453, había sumido al Renacimiento europeo en el mágico mundo del Egipto antiguo. Se consideraba a Hermes el maestro de Orfeo, Pitágoras y Platón y, en una de sus más conocidas obras de exégesis bíblica, *Originæ Sacrae Scripturae* (1641), nuestro autor llega a considerar la posibilidad de que Hermes fuera un seudónimo del mismo Moisés, criado en la corte del faraón. El interés de Nieremberg por los secretos que pudieran encerrar los jeroglíficos egipcios no era un caso aislado. Como bien señalara otro insigne jesuita, Baltasar Gracián (1601-1658), la *ratio studiorum* de la Compañía incluía, por aquellos años, estudios sobre los jeroglíficos asociados a los emblemas; un tema de estudio frecuente en el Renacimiento cuyos estudiosos profundizan en los secretos de la filología y el lenguaje y buscan incesantemente nuevas formas simbólicas de expresión.

La variedad de sus intereses no debe llevarnos a pensar que la máxima prioridad de nuestro autor no fuera la salvaguarda de la fe. Esta requería de sistemas políticos estables, regidos por principios y

valores cristianos. De ahí que Nieremberg desempeñara uno de sus más insignes papeles en el campo de la política y la historia. Intentó incluso influir directamente sobre el curso de la política de su tiempo, haciendo entrega al conde-duque de Olivares, valido del rey Felipe IV, de un libro con consejos para enderezar el desastroso curso de la guerra².

Según la política cristiana, la acción política ha de estar encaminada a un fin muy específico: la defensa del catolicismo y los sistemas políticos que se basan en sus principios y valores para la extensión de la fe. Europa entera se había convertido en un enorme *mare-mágnum* político y los intelectuales participan en un gran debate sobre los significados de la libertad política y el libre albedrío. En *De arte voluntatis* (1631), una de sus mejores obras, Nieremberg afirma que para ser libre hay que saber «gobernarse a sí mismo». En algunos de sus *Dictámenes reales* (1645) asevera que «el vencedor más valiente es el que se vence a sí mismo», o que «fuerte es quien no es vencido por la necesidad». Tenemos voluntad por naturaleza, pero moldearla y adecuarla a la *praxis* necesaria para la conserva-

ción del mundo, requiere de un duro proceso de aprendizaje. Las teorías del libre albedrío ponen el acento en la introspección y la libertad personal que surge tras una ardua lucha contra nuestras inclinaciones, pues el hombre *es* sus acciones y juzgarle implica juzgar lo que hace.

Para juzgar adecuadamente las acciones de los hombres, los pensadores del Renacimiento recurrieron a los ejemplos de los héroes y santos custodiados por la historia y la tradición. El ejemplo se abstrae e interpreta, y son su fuerza y su vitalidad las que permiten una correcta enseñanza de las virtudes necesarias para una saludable vida en común. La literatura cristiana de la época está repleta de héroes clásicos que ofrecen su ejemplo silencioso a las generaciones venideras junto al de los santos y mártires. Hoy puede parecer un poco sorprendente que autores como Nieremberg basaran sus argumentos en pensadores paganos o judíos como Platón, Plotino, Proclo o Filón de Alejandría, Séneca o Epícteto. En el fondo no hacía sino integrar en la Historia de Salvación cristiana el ejemplo meritorio de autores que, aun no siendo cristianos, argumentaban o actuaban de acuerdo con las enseñanzas de los Padres de la Iglesia y, por supuesto, de las Sagradas

² *Causa y remedio de los males públicos* (1642).

Escrituras. En una de sus epístolas Nieremberg afirma que Teócrito imitó el Cantar de los Cantares y Homero se inspiró en la literatura hebrea³.

El interés de Nieremberg por la hagiografía y los relatos de los héroes clásicos se debe a sus intentos de hallar los ejemplos adecuados para formar a los ciudadanos de una auténtica república de cristianos. Es la política, objeto de varios de sus tratados⁴, lo que capta su interés ante la evidente decadencia del orden cristiano internacional. Define a las repúblicas como un conjunto de personas que interactúan, no como un conjunto de normas universales ni de instituciones tradicionales. La vida en comunidad se entiende como una universalidad de participación en la que la propia virtud depende de la cooperación de los demás y puede perderse si ésta falta. La república de cristianos dota a la acción de una trascendencia moral sin precedentes. Su fracaso no es sólo un fracaso político o histórico, sino también un problema moral que evoca el arquetipo de la caída original. En los siglos que

nos ocupan muchos intelectuales abogan, no por la lógica de la razón y el cálculo basados en la idea de una naturaleza humana originalmente mala, sino por la lógica del corazón y el amor político, propios de una naturaleza humana originalmente bondadosa, que transforma a la justicia en equilibrio y procura la evitación del desacuerdo.

Y puesto que la política se desarrolla en la historia, Nieremberg hubo de dedicarle bastantes páginas de reflexión a esta ciencia. Distingue entre la historia real, el desarrollo del Plan de la Divina Providencia, y otra aparente, que sólo registra una serie de acontecimientos inconexos y acaba llevando al *desengaño*, «un estado del hombre libre que percibe la falsedad del mundo visible y el espejismo del tiempo». De ahí que Nieremberg afirme en *La diferencia entre lo temporal y lo eterno* (1640) que la libertad humana consiste en elegir entre el tiempo y la eternidad porque, desde el punto de vista de lo eterno, toda realidad se convierte en símbolo y emblema de una verdad trascendente. El rey es el mejor ejemplo, pues su persona representa a Dios en la tierra, es un modelo moral, custodio de las leyes; el rey es el alma del cuerpo social.

El intenso interés que suscitan los símbolos y emblemas en la época

³ *Epístolas* (1649).

⁴ *Theopoliticus* (1641), *Corona virtuosa y virtud coronada* (1643), *Causa y remedio de los males públicos* (1642), *Obras y días* (1642), *De la devoción y patrocinio de san Miguel* (1643).

Juan Eusebio de Nieremberg (1595-1658)

llevó a muchos pensadores a afirmar que el mundo es un *gran teatro*. En *De arte voluntatis*, Nieremberg asevera que «el mundo es una ficción... un juego escénico organizado por el Creador». Pero el hecho de que el mundo sea un teatro no convierte a los seres humanos en marionetas en manos de Dios (como afirmara Platón en *Las leyes*). La visión que nos ofrece Nieremberg de la vida terrenal nunca es grave. Dios, afirma, dio una fiesta, construyó una fábula distribuyendo entre sus criaturas caretas, emblemas y símbolos para que cumplieran *libre y voluntariamente* su papel en la historia.

Nieremberg, como el resto de pensadores católicos de la época, nunca deja de poner el acento sobre la necesidad de que la acción sea libre⁵. Los propósitos de Dios siempre se desarrollan en la historia; que se hagan realidad depende de los actos individuales de hombres y mujeres. Los personajes bíblicos, en tanto que personajes de ficción, muestran los aspectos contradictorios de la naturaleza humana, la lucha entre el querer y el poder que surge de la voluntad y el libre albedrío de los que Dios les ha dotado. La tensión fundamental entre la voluntad de Dios y la liber-

tad humana recorre todos los textos de las Escrituras. Personajes como Ruth, Esther, David o Jacob tienen, sin duda, un destino histórico prefijado por la Providencia. Pero para que ese destino se cumpla ellos deben *actuar* de cierta forma, *cooperar con la Providencia*. Los caracteres bíblicos son creaciones de un Dios omnisciente, pero siempre están abandonados a su insondable libertad y constatamos que, muchas veces, los personajes no dan la talla. O, dicho de otra forma, Dios es el dramaturgo, el mundo el escenario y los hombres los actores. Sin actores no hay obra y, si bien existe un guión, éste es muy general e incluso admite cierta dosis de improvisación.

El giro del pensamiento sobre lo político hacia las Sagradas Escrituras tiene una innegable *vis histórica*. En opinión de Juan de Nieremberg, si estudiar historia tiene el sentido político y didáctico de aprender a conservar los imperios, la historia misma nos enseña que sin el amparo de la Providencia de poco sirven las diligencias humanas. La Providencia rige la historia y la evolución del universo pero, curiosamente, sólo podemos llegar a comprender los vericuetos de la voluntad providencial a través del devenir histórico. Es, dice Nieremberg en una dedicatoria al archiduque Fernando de

⁵ *De originae sacrae scripturae* (1641), *Stromata sacrae scripturae* (1642).

Austria, «en la casa piadosa de Austria, en sus victorias y buen gobierno, donde se muestra claramente la Providencia Divina»⁶.

Juan de Nieremberg demuestra que la leyenda negra según la cual los argumentos esgrimidos por los pensadores de la Monarquía hispánica fueron únicos en Europa, carece de fundamento. Fue un autor y una personalidad de su tiempo. José María Jover le incluye entre los autores de la generación de 1635, un grupo de pensadores que reflexionaron desde la fe sobre el destino de España y de la Monarquía. En unos años en los que la Casa de Austria sufría revés tras revés, la mayoría de los autores, tanto españoles como extranjeros, no hablaban de esa decadencia de España que parece mucho más obvia a nuestros ojos modernos que a los críticos de la época, sino del retroceso de una causa internacional: la unidad católica de Europa. Muchos defendieron como solución evidente a los problemas de la Monarquía el *austrohispanismo*⁷, es decir, la unión de ambas ramas de la Casa de Austria, la de Madrid y la de Viena. La idea era unificar a la cristiandad en una Europa confederal y monárquica que reviviera el antiguo ideal del im-

perio medieval de Carlomagno; un imperio expandido gracias al descubrimiento de nuevos continentes que los católicos debían redimir y evangelizar. La Historia de Salvación engloba a todos los seres humanos. De ahí que Nieremberg no desdeñara el estudio de las civilizaciones recién descubiertas por los navegantes y los primeros misioneros de la Compañía. En su *Historia natural* (1634), muestra su respeto hacia los lamas tibetanos que conocían la Trinidad. También hacia los incas peruanos, pues creían en un dios uno y trino, Pachacamac, y en la inmortalidad del alma. Condena, sin embargo, sin paliativos a los aztecas, por sus bárbaros sacrificios humanos y concluye que cada esfuerzo moral y religioso de la humanidad prepara al advenimiento del cristianismo, prefigurando así los modernos conceptos de *progreso* y *sentido* de la historia.

Sentar las bases de este nuevo imperio católico universal parecía una tarea ingente, sobre todo en un continente inmerso en la guerra. «Cuando se acabe el mundo se acabará también esta guerra que se comenzó en el cielo, la cual se continúa ahora en la tierra, y san Miguel prosigue el oficio de General y Emperador de los ejércitos de Dios». Estas palabras, recogidas por Juan de Nieremberg en uno de

⁶ *Theopoliticus*, Madrid, 1641.

⁷ *Corona virtuosa o virtud coronada*, 1643.

sus escritos más característicos: *De la devoción y patrocinio de san Miguel* (1643), son un buen punto de partida para introducirnos en el proceloso mundo de la guerra providencialista. Una guerra de dimensiones cósmicas, ontológica. Asentada, no ya en la naturaleza humana y su evolución en el mundo temporal de lo creado, sino en los mismos cielos. La historia del conflicto humano se pierde en la noche de unos tiempos en los que «Lucifer, frustrado su intento en el cielo, donde no pudo alcanzar ser adorado de los ángeles, solicitó en la tierra ser adorado de los hombres, introduciendo la idolatría y procurando hacer guerra a Dios de todas las maneras. Y ya que no podía vengarse del Creador en su propio ser, determinó vengarse en la criatura que es más viva imagen suya».

En 1643, Juan de Nieremberg afirma que las guerras de España son parte de una lucha cósmica entre el Bien y el Mal. Es en el análisis de los conflictos bélicos donde la Historia providencial, esa Historia con mayúsculas de la que hemos tenido ocasión de hablar páginas atrás, cobra toda su viveza. Sabemos que los providencialistas entienden la historia como una materialización del Plan de la Divina Providencia. Conocemos la cara amable de ese Plan: la justicia, la

paz, la caridad cimentadora de solidaridad entre los miembros de la república de cristianos, las virtudes que llevan a un mejor desarrollo espiritual y político de los grupos humanos, el saber que ayuda a precisar las leyes que enuncia el derecho natural. Pero la evolución del Plan Divino tiene también una faceta más oscura, más tenebrosa, aunque igualmente necesaria: la guerra y el conflicto. En ocasiones, sólo la guerra puede asegurar la tranquilidad de la Iglesia y la paz de los reinos. Allí donde la concordia y la unión no se dan de forma natural, por desconocimiento de la Ley de Dios o por mala voluntad, hay que forzar al mundo a aceptarlas. La guerra, como afirmara san Agustín⁸, puede ser un mal menor y ha de servir al único fin de restaurar una verdadera paz en la que reinen la equidad y la justicia.

En el siglo XVI, la Casa de Austria había hecho suyo el ideal del imperio carolingio: la gran utopía de la *universitas christiana*. En una nueva Europa confederal y monárquica habría que librar muchas guerras para evitar la disgregación de la cristiandad debido a la fragmentación religiosa y el particularismo nacional. Es una tarea hercúlea que, en opinión de Nie-

⁸ Epístola 138 *ad Marcellinum*.

remberg, sólo puede lograrse por medio de una más estrecha unión entre la rama española y la austríaca de los Habsburgo. Una unión de sangre que habría que convertir en una realidad política para que la cristiandad pudiera disfrutar del gobierno de los mejores príncipes procedentes de la mejor estirpe. Pues, en su opinión, el linaje austrohispánico habría sucedido a la Casa de David para guiar al nuevo Pueblo Elegido. Tanto España como Alemania procedían, en opinión de nuestro autor, de la corona gótica y de ahí que nuestro autor propugne un cambio del santo patrono protector de la Monarquía: Santiago apóstol. San Miguel arcángel había sido el patrono de los godos desde el principio y no podría haber, en su opinión, mejor mediador entre los cielos y la tierra.

Se creía que, unidos, los territorios gobernados por los Habsburgo podían imponer una paz duradera en Europa: la *pax austriaca*. Una paz capaz de vencer a la ambición política y la razón de estado por medio de la razón de religión y de imponer la justicia de una república de cristianos universal: la *universitas christiana*. «Austrohispánico» se acaba confundiendo con «político/cristiano», ya que las dos potencias «miran al mismo norte». Ambas son defensoras y li-

bertadoras de la Iglesia y la fe. Nieremberg ya sugería la necesidad de unir ambas Casas en *Corona virtuosa y virtud coronada*, obra de factura neocarolingia en cuya segunda parte se hace un extenso recorrido por los reinados, méritos y virtudes de los miembros de la Casa de Austria de una y otra rama⁹.

Todas las potencias enemigas entenderían el significado para la política exterior de la adopción del arcángel guerrero como protector. En 1643, Juan de Nieremberg alienta a Felipe IV a hacer de san Miguel arcángel, «a ese mismo que escogiera Dios para humillar a sus rebeldes», su valedor, protector y «caudillo de sus ejércitos». Así «se confirmaría la esperanza que han concebido los pueblos de esta república, que por intercesión de este gran gobernador de la República celestial se ha de reparar la nuestra».

Causa y remedio de los males públicos, la obra escrita para Olivares a la que hacíamos referencia páginas atrás, es más que un libro: es un llamamiento a la acción. Quizá sea en este gesto, en la entrega de un libro que incita a la acción, donde mejor se refleje la personalidad más íntima de Nieremberg. Un autor que demostró que la pasión por el co-

⁹ *Corona virtuosa o virtud coronada*, 1643.

Juan Eusebio de Nieremberg (1595-1658)

nocimiento no tiene porqué interferir con la voluntad de acción. Escribía y estudiaba, pero con la misma alegría enseñaba y aconsejaba a las más altas jerarquías políticas de la Corona. Si nos atenemos a lo que él mismo escribiera en el epílogo de una biografía de san Ignacio de Loyola¹⁰, creo que podemos decir que fue un perfecto representante de su orden: «si bien los miembros de la Compañía no tienen obligación de oficio divino ni coro, sí practican lo que ignoran los monjes: un modo de vida católica perfecta y completa, a la vez contemplativa y activa».

Resulta sorprendente lo rápidamente que se desdibujan las figuras históricas en el tiempo. De Nieremberg se han resaltado su ascetismo y su entrega al estudio y la docencia, sus capacidades como científico y lo elegante de su prosa. Pero pocos se paran a retratar al hombre de su época preocupado, como el resto de los súbditos de Felipe IV, por la deriva de las guerras intestinas y exteriores. Fue un intelectual sí, pero participó en todos los debates importantes de la Europa de su época. Baste como ejemplo el hecho de que en 1641 se publicaran simultáneamente, en diversos lugares del continente, las

¹⁰ *Vida del glorioso patriarca san Ignacio de Loyola*, 1631.

Meditaciones metafísicas de Descartes, la *Providencia de Dios* de Quevedo y el *Theopoliticus* de Nieremberg, obras todas ellas dedicadas a temas que siguen siendo candentes en la actualidad: la posibilidad de adquirir conocimientos con ayuda de la «mera razón», los principios morales básicos que han de regir nuestras vidas y la de nuestra comunidad política, la guerra santa, los límites éticos y morales a la actuación de gobernantes y gobernados y un largo etcétera de cuestiones que hoy, al igual que entonces, requieren de una respuesta. Nieremberg y el resto de los pensadores providencialistas del continente aportaron soluciones desde la fe, posteriormente invalidadas por el triunfo de un racionalismo que acabó desembocando en la visión del mundo ilustrada. Lejos de escribir con desencanto sobre una situación social y política que hoy muchos considerarían inaceptable, este intelectual incansable siempre supo transmitir con gran elegancia la alegría confiada que le proporcionaba su fe en la Divina Providencia. En un mundo como el actual en el que el optimismo brilla por su ausencia, haríamos bien en recuperar el ejemplo y el legado de pensadores y hombres de acción que, como el padre Nieremberg, nunca se dejaron llevar por la desesperanza. ■